

Nicolás Raveau, declaración comisión PAIG “Crece con Orgullo”, 23 de septiembre de 2024

Mi nombre es Nicolás Raveau, tengo 47 años, soy licenciado en artes, investigador y exactivista trans. Ojalá estuviese hoy en esta sesión y en mi lugar, algún detransicionador o detransicionadora de menos edad que pudiera dar cuenta directa y pública de “Crece con Orgullo” tanto en salud como en el espacio escolar. Pero, como han sido amedrentados y silenciados, por ahora estoy yo. A ellos, valientes y valiosos, ya los conocerán. En mi caso, si algo puedo aportar es mi vivencia de transición, detransición, además de un recorrido por el movimiento social trans de los últimos diez años.

Viví como una persona trans durante cuatro años, entre 2015 y 2019, seis en total si considero algunos periodos hasta el 2023. Así como viví como mujer trans cuatro años, me tomó otros cuatro años más detransicionar. La palabra “detransición” la vine a conocer recién en 2021 y hasta entonces pensaba que mi caso era, quizás, el único. En un primer momento declaré que estaba bien, que estaba tranquilo, pero todo se iría desmoronando. Siendo todavía una persona activa y relativamente conocida dentro del movimiento trans, pensaba que mi cambio de ruta podría afectar a otros que veían en mí una suerte de figura fuerte y decidida. Pero, mi interior estaba lleno de confusión. Me costó mucho encontrar apoyo psicológico: los llamados “especialistas” me alentaban a retomar mi transición, o bien, no entendían con qué estaban tratando. Podría escribir muchas páginas sobre esos años recientes, de hecho las estoy escribiendo, pero acá el tiempo disponible es acotado y debo sintetizar.

Desde 2021 pude cambiar de ambiente, hábitos y enfoque. Retomar el contacto con la naturaleza y las labores manuales, con esa tierra tan postergada durante los años hiperurbanos del activismo trans dedicado 24 horas al día y siete días a la semana. Luego, a fines de 2023 no solo encontré un buen soporte psicológico, sino que fui capaz de detransicionar no tanto del llamado “género”, sino que de la culpa y de un relato que no hacía justicia a lo realmente vivido. Por una parte, despojarme de las ideas adquiridas en los años activistas, de que mi infancia había sido apenas una pincelada lenta, triste y solitaria. Volví a visitar ese periodo con decisión para indagar a fondo, y cuando logré hacerlo recordé la seguridad, las lecturas, el crecimiento dentro de todo lo diferente que fui, y que nunca dejé de ser, a una serie de normas y estereotipos impuestos desde que fui un niño y un adolescente. Mencionar también a mis padres, para quienes mi transición fue un proceso complejo. Mi padre a través de una pregunta afectuosa, y mi madre a través de recordarle que los ojos de Niki y de Nicolás eran los mismos ojos, fueron dos formas de volver a entender y valorar sus afectos sin medida. Esta batalla personal acá comentada en cuatro líneas duró casi cincuenta años. Seamos o no seamos trans finalmente, existen batallas de nuestro tiempo que no siempre debieran tomar la forma de la batalla, sino que la del espacio a la diferencia.

Por otra parte, en 2019 cumplía tres años trabajando arduamente con personas trans y travestis sin techo o, como se dice oficialmente, “en situación de calle”. Entre paréntesis: uso el término “travesti” según la referencia popular previa al ingreso de terminologías activistas o de manual clínico. En las ferias libres de La Vega, comuna de Recoleta, levanté en forma independiente y autogestionada, un espacio de ayuda tanto para personas trans como para mujeres de la calle. Proveímos acceso a ducha, bodega y baño, apoyo psicosocial, gestionamos donación de enseres y creamos la única política pública favorable a esta población no tan marginal, sino que marginada y olvidada por la sociedad, la falta de creatividad institucional y la dedicación del propio activismo apegado al poder convencional. A esta población de la calle no le preguntamos sobre su pasado ni exigimos adscribir a idea alguna; solo buscamos volver a encender por un momento el

destello de querer salir adelante. Durante unos meses logramos armar un quiosco de venta de bebidas y confites. Mantener un quiosco travesti en las ferias libres de La Vega significó defenderse con ideas, pero también con las manos. Cuento con tres intentos de apuñalamiento, una mano quebrada a palos defendiendo rucos y varias peleas ganadas con mis propias manos estratégicamente cubiertas de anillos de acero. El dolor latente de mi mano derecha todavía me recuerda algunas noches que fui yo, ese exalumno del Verbo Divino, esa oveja negra, quien ganó un pequeño espacio de respeto para las personas trans de la calle. Respeto y dignidad constructiva, antes de que esa palabra se transformara en el adjetivo de una plaza o punto de reunión cuadradas más arriba. Poder en la calle, no en las normas que se borran con el codo. ¿Quién se mantiene todavía en forma solidaria en los callejones laterales de Chile?

La calle jamás cuestionó mis idas y venidas por la transición y detransición, pero sí lo hizo el activismo. En un momento unieron el dato de mi detransición con el hecho de no estar de acuerdo con algunas formas de soñar el futuro (léase firmar un papel constitucional para refundar desde la burocracia totalitaria), difundieron mi fotografía llamando a reconocermé en la calle y me reconocieron. En 2020 tuve a sujetos con arma blanca preguntando por mí en la entrada de mi casa. Tuve que cerrar mi emprendimiento, buscar otros horizontes, partir casi de cero. Económicamente hablando nunca me recuperé, pero no lograron quebrar mi espíritu. Uno incluso, que se dice especialista en salud mental y prevención del suicidio en una clínica privada, se atrevió a redactar una seudobiografía con “mis últimas líneas”. Cuando lo leí me pareció tan estúpido y mal intencionado, que significó el impulso final para levantar la voz una vez más. Este es el nivel de acoso e incompreensión que hemos vivido por largo tiempo, muchos de los detransicionadores en Chile. En particular, las detransicionadoras jóvenes y de sexo femenino, en una vulneración más de sus espacios y derechos propios en cuanto mujeres.

No tengo rencor, no tengo odio, mi círculo incluye a personas trans muy queridas. Mi único motor es la memoria y la justicia. Hoy, ¿quién se cubre las manos de anillos para proteger a su comunidad, o pone en práctica ideas que intenten perdurar en los ambientes y contextos más marginalizados, más extendidos que una manifestación, marcha, capacitación, símbolo o seminario? Veo a los activistas de siempre: unos siguen insistiendo con variaciones decadentes de las mismas performances, otros no tienen margen de acción suficiente en reconocimiento a su trayectoria, mientras que otros han pasado a fungir de funcionarios públicos o políticos privilegiados sin respaldo de base social alguna. ¿Quiénes entre los últimos conocen las biografías de Alejandra Pradón o de Samantha, quienes ya no están con nosotros? ¿Por qué la llamada “salud trans” no aborda la realidad urgente de su propia población, y que va mucho más allá de hormonas y cirugías? En 2021 me tocó participar unos meses en el llamado Bloque Salud Trans para Chile. El llamado inicial era a incorporar experiencias concretas sobre salud trans, entre ellas la de la calle, pero todo terminó en los autodesignados “disidentes” haciendo tareas de diplomáticos al servicio de la Agenda Internacional, o escalando en premios y puestos públicos, además de su feble copia del modelo de consumo clínico afirmativo al cual me referiré más adelante.

Hoy esperaba dirigirme directamente al ministro de Educación, sr. Cataldo, pero parece que es más importante viajar a la cumbre sobre extremismo ideológico de Lula. Por su intermedio Presidenta pregunto al Señor ministro o a los encargados de educación de esta mesa: ¿qué más extremo que adoctrinar y utilizar la escuela pública chilena para hacer activismo? Se lo pregunto como profesor de Artes Plásticas. La circular 812 de la Superintendencia de Educación que permite el cambio de pronombre y vestimenta desde los 14 años de edad sin autorización de los

padres crea un quiebre y daña psicológicamente el espacio familiar. No es sano que un adolescente viva dos realidades y tampoco es correcto que en Estado tenga tal poder de intervención. Fui parte de la redacción de la circular 0768, previa a la 812, y me consta que el punto no es tanto la autoridad de la firma, sino que el acuerdo familiar y un proceso que se haga cargo de los tiempos adecuados.

Entre 2015 y 2018 codirigí la Fundación Transitar, probablemente la más conocida en su momento apoyando a familias de menores de edad identificados trans en nuestro país. Por una parte, aunque en ese entonces hubiesen existido las leyes, jamás me habría tomado la atribución de intervenir legalmente a una familia por motivos de transición de género. Nuestro rol era aconsejar y acompañar. La experiencia me enseñó que es un error designar trans a un menor de edad, y eso que en aquellos años no existía la serie de comorbilidades asociadas al “boom” trans actual, y menos la promoción cultural descarada y utilitaria. No obstante, si tomo mi relato sobregirado respecto a la “revolución de género” infantojuvenil de esos años, y reemplazo esas palabras por “espacio para desarrollar los talentos”, “crecer siendo diferente sin ser maltratado por ello”, el resultado no es tan diferente. Para que ese espacio esté disponible de verdad debemos educar sin sobreponer nuestras ideologías privadas o fines políticos individuales. La primera página del cuaderno escolar con glosarios de diversidad sexual, que al parecer es la única que se promueve en la escuela, más un set de pronombres ni siquiera muy bien descritos, ¿no podrían compartir lugar con ideas para ser autónomos, cultivar un huerto, entender el valor de la lectura, arreglar un aparato en desuso, aprender a insertarse en un mundo cambiante que requiere adaptación, sobrevivencia y herramientas prácticas antes que publicidad colorida y superficial?

Mi cuestionamiento también va dirigido a los estudiantes: exijan a sus referentes o a las autoridades algo mejor, ser rebelde no es ser trans si la institución te lo está dictando. Si un sujeto que apenas es capaz de redactar glosarios mediocres y sanciones sobre buen trato viaja entre Suiza e Inglaterra y vive sumando seguidores en Instagram mientras tú sigues preocupándote de que los otros se equivocan al aplicar el glosario, entonces traza tú mismo la propuesta educativa que sueñas y ponla en práctica. Esa es la sana rebeldía juvenil: los pronombres y las identificaciones ya están institucionalizadas. Puedes verte y llamarte como desees, pero eso no te hace trans. Las realidades de siglos anteriores no eran “realidades trans”, aunque se puedan parecer en algunos factores. Si eres un adulto trans tampoco puedes arrogarte la niñez trans que nunca tuviste. No fuiste un niño trans y ni siquiera estuviste allí para colaborar antes de que la llamada infancia y juventud trans se transformara en un negocio.

Lo trans es un recorrido por la clínica occidental breve y con grandes riesgos, por lo cual resulta antiético crear pacientes crónicos o dependientes de medicamentos antes de que terminen su desarrollo básico a nivel cerebral y corporal. Mía fue la decisión, en 2015 y en base a la lectura de la escasa evidencia científica, de no aconsejar tratamientos hormonales a menores de edad. En 2021, por casualidad volví a revisar la literatura y me di cuenta de que la evidencia seguía siendo insuficiente. ¿Por qué entonces existe algo como el programa “Crece con Orgullo” que se jacta de ser la puerta de entrada a tales tratamientos? Escuchaba una exposición previa en esta comisión, respecto a que el rango etario hasta los 8 años de edad recibía una especie de acompañamiento neutro por parte del programa. ¿Cómo va a ser neutro recibir a niños y sus familias con chapitas de pronombres y folletos de organizaciones transactivistas? ¿Cómo va ser neutro que un encargado de diversidad municipal de Santiago, Franco Fuica, capacitador de FOSIS e instituciones públicas culpe por redes sociales a una familia del suicidio de su ser querido, debido a que no habrían respetado sus pronombres y por tanto no habrían querido que existiera? ¿Esta

persona desconoce que las propias organizaciones afirmativas que financian a su organización, OTD Chile, con cientos de millones de pesos al año, están al tanto de que el suicidio es un hecho multifactorial y que es inadecuado y antiético, incluso inhumano hacer una referencia de esa clase? ¿Por qué debemos soportar ese nivel de funcionariado público? ¿Por qué la doctora Melissa Cifuentes figura realizando operaciones genitales como funcionario público y además promueve su empresa privada DIVERSALUD en los folletos de salud pública? ¿Por qué damos lugar a una legión de activistas y profesionales activistas que redactan lineamientos y los ejecutan con grandes ganancias para su propio bolsillo? ¿Por qué el Ministerio de Salud miente al decir que no tienen programa para hormonar a menores de edad, cuando desde los 10 años lo permiten expresamente? ¿Es porque no tendrían el financiamiento? ¿Qué tienen que decir los funcionarios municipales, tribunales, escuelas y centros de salud que judicializan a familias llamadas “resistentes” al modelo de salud en curso? ¿Ellos solo aplicarían un reglamento? ¿Les parece adecuado todo esto?

“Crece con Orgullo”, que trataría con población trans y género no conforme ni siquiera es capaz de diferenciar entre ambos términos, siendo que declara expresamente que el género no conforme no es un predictor de identidad trans en la etapa de crecimiento. Publiqué una semana antes del informe Cass un extenso estudio sobre “Crece con Orgullo”, ya adjunto a esta comisión y que está disponible en forma pública junto con una serie de columnas de mi autoría en donde es posible encontrar cifras, confrontar estudios, etc.

Mi llamado final es a quienes son parte de organizaciones trans y no tienen el valor de decir que sus niños y jóvenes están detransicionando, que están teniendo problemas de salud porque los están medicando, que los padres en general no se educan y recurren a un lenguaje emotivo y poco analítico, y que ni siquiera imaginan el giro que dará la salud de sus hijos a futuro.

Siempre es tiempo de cambiar de rumbo a partir de la experiencia y la investigación. Mientras tanto, a lo largo de Chile y pese a esta comisión, “Crece con Orgullo” se sigue instalando como si nada.

Funcionarios públicos y privados, familias y activistas: les pido que hagan lo correcto. Sean honestos.

Gracias